

tísima Virgen: ofreced al Señor los hijos que habeis dado al mundo: llevadlos desde temprano á su templo; y no olvideis jamás, que la existencia que recibieron de vosotras sería un dón funesto, si bajo la influencia mortal de vuestros escándalos é indiferencia aprendiesen á vivir sin las virtudes cristianas, únicas que dán al hombre la conciencia de la verdad, el amor del bien, el sentimiento del deber, y los premios de la otra vida.

---

## DESPOSORIOS DE LA VIRGEN.

---

### DISCURSO I.

*Habitabit juvenis cum virgine.*  
 Vivirá un mancebo con la doncella.  
 (ISAÍAS, LXII, 5.)

Con inefable consuelo de su corazón, grande aprovechamiento de su espíritu, é inimitable edificación de las compañeras y de los mismos sacerdotes, vivía María en el Templo del Señor, cuando aquellos bajo cuya tutela estaba, determinaron darle un esposo. La tierna flor de la raíz de Jesé, la hija de David, no era libre de negarse al matrimonio. Ni los hebreos hubieran tolerado en Ella la esterilidad, el oprobio; ni los de su familia, por todos los tesoros del mundo, hubieran renunciado á la esperanza de contar un día entre ellos al libertador de Israel.

Y si María se había consagrado virgen al Señor, ¿cómo podía condescender jamás á una determinacion, que le hacía imposible la continuacion de su voto más querido? Algunos han dicho, que Ella se defendería largo tiempo, y suplicaría humildemente á las personas de las cuales dependía, que la permitiesen permanecer en el Templo, libre de todo lazo, excepto el de Dios. Está fuera de duda, que María estaba dispuesta á rehusar todo honor, toda gloria, todo bien, ántes que menoscabar en algun modo el ofrecimiento hecho ya al Señor, y perder la flor de su integridad virginal. Pero aquella suprema voz que le había mostrado cuanto gustaba al Rey de los Cielos las flores virginales, aquella misma la aseguró, que con seguir el uso de su nacion y con inclinar la cabeza á la voluntad de los de su familia, no resultaría en menoscabo de su profesion ni de su voto.

Efectivamente; el desposorio de María tiene á la vez algo de comun y algo de extraordinario; algo de comun, por tratarse de un desposorio verdadero y propio como todos los demás desposorios;

algo de extraordinario, porque es union de almas, no de cuerpos, á la cual sirve de base lo que no puede decirse de los demás desposorios; la preciosa excelencia de la virginidad. A esto sin duda se refería Isaías con profética mirada, cuando hablando del tiempo de la venida del Mesías, entre otros de los prodigios enumerados, decía: *Habitará un mancebo con la doncella*. Aquí hay, en verdad, la union de un hombre con una mujer, lo cual es comun en todo desposorio; pero aquí tenemos tambien, que esta mujer unida en matrimonio con un hombre, no pierde y conserva la cualidad de virgen, que es la parte extraordinaria de este desposorio. Así pues, debiendo en la alegría de la solemnidad de este día hablar de este desposorio, señalaré precisamente lo que hay de comun y extraordinario en él, con la seguridad de que vosotros mismos, siguiéndome con vuestra benévola atencion, hallareis plenamente verificado en este discurso el vaticinio de Isaías: *Habitabit juvenis cum virgine*. Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

El desposorio de María tiene de comun, que fué verdadero y propio, como otro cualquiera. Resuelto su matrimonio, que por su belleza personal y por su esmerada educacion, por su ilustre nacimiento y por la alcurnia de su familia, era un partido envidiable é ilustre, se pensó en escoger el esposo de entre los muchos que podían pretender su mano. ¿Cuál fué éste? Ninguno de aquellos que llamaban la atencion por su gallardía y su valor; ninguno de aquellos que poseían fértiles campos y bosques de olivos; ninguno de los más renombrados comerciantes, ni de los más ilustres capitanes de Israel; sinó un hombre de la plebe, que se procuraba el pan con el sudor de su rostro, José, el carpintero de Nazareth. No hablaré ahora de cuanta fuese la humildad de María, que acostumbrada á ocuparse en elegantes labores, y á vivir en medio de los perfumes, de los cánticos y de las preciosas magnificencias de la santa morada, no titubeó en abrazar la vida oscura y penosa del pobre artesano que se le presentaba como esposo; ni de cuanta fuese la virtud de José, que elegido por esposo de la Reina de los ángeles, si no poseía campos ni viñas debía poseer indispensablemente tesoros de gracia y santidad. Paso por alto todas estas circunstancias, y solamente, segun he dicho, demostraré verdadero y propio el desposorio de María.

Esto aparece claramente en el Evangelio. ¿Qué palabras no se leen, efectivamente, en aquellas páginas? Se lee, que fué enviado el arcángel Gabriel á una virgen desposada con un varon llamado José

(1). Se lee, que José se trasladó á Belén para hacerse inscribir con María, su esposa, en los públicos registros (2). Se lee, que habiéndose María desposado con José, se vió en cinta por virtud del Espíritu Santo (3); cuya palabra *desposada*, varias veces repetida, cuando se trata de los desposorios de María y de José, indicá sin la menor duda, que el suyo fué un verdadero y propio desposorio.

Y que lo fué se infiere tambien de los nombres de marido y de mujer que emplean los Evangelistas, cuando hablan de José y de María. Así, cuando se trata de la série de los antepasados de que descendió Jesucristo, segun la temporal generacion, dice San Mateo, que Jacob engendró á José esposo de María, de la cual nació Jesús (4); y cuando se trata de la angustiosa vacilacion que atormentó la grande y piadosa alma del Patriarca por el preñado de María, que no sabía fuese virgineo, y no podía creer fuera obra de varon, el mismo San Mateo dice, que José su marido, siendo justo, no queriendo exponerla á la infamia, trató de dejarla secretamente (5). Y así como se usa la palabra de marido tratándose de José, tambien se emplea la palabra de esposa tratándose de María. De esta misma palabra se sirve el Evangelio cuando, hablando del arcángel aparecido en sueños á José para calmar sus temores, y poner fin á la consternacion de que estaba poseido el santo, le dice: No temas de admitir contigo á María tu esposa (6); y de ella se sirve tambien cuando despues de haber dicho, que José, despertado del sueño y reconocida la vision por cosa verdaderamente divina, se aplicó luego á cumplir fielmente lo que Dios le ordenaba por medio del celestial mensajero, añade, que recibió á su esposa María (7). Si los Evangelistas, hablando de José, le llaman esposo de María, y hablando de María, la llaman esposa de José, resulta con toda evidencia, que el desposorio de María y de José fué verdadero y propio.

Por tal le reconocieron los Hebreos, los cuales, ignorantes del misterio, consideraron siempre á Jesús como hijo de José, y á José como á su padre. En efecto; sabemos por San Mateo, que cuando Jesús enseñaba en las sinagogas, los oyentes estupefactos se preguntaban: ¿de dónde le viene á este tanta sabiduría? ¿no es hijo de un artesano?

(1) LUC. I, 26.

(2) LUC. II, 5.

(3) MATH. I, 8.

(4) MATH. I, 16.

(5) MATH. I, 19.

(6) MATH. I, 20.

(7) MATH. I, 24.

¿no es su madre aquella que se llama María (1)? Sabemos por San Lucas, que, habiendo descendido sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma, Jesús empezaba á contar unos treinta años, hijo, segun se creía, de José (2). Sabemos por San Juan, que, enseñando Jesús doctrinas muy sublimes, escandalizados los Judios se decian mutuamente: ¿No es este aquel Jesús hijo de José, cuyos padres conocemos (3)? No puede negarse, pues, que Jesús era considerado entre los Hebreos como hijo de José, y que José era reputado como padre de Jesús. Ahora bien; esta comun opinion, aunque falsa, es siempre para nosotros una prueba de lo que nos hemos propuesto demostrar respecto á la verdad del desposorio entre María y José.

Hermanos míos, si quisierais otras pruebas que os acaben de persuadir de la verdad de este desposorio, las hallareis evidéntisimas en los mismos motivos de conveniencia que hicieron grato á la divina Providencia, el que Jesucristo naciese de una mujer vírgen, pero casada. En efecto; convenía que el Hijo de María no fuese rechazado como ilegítimo, y que su Madre no fuese condenada como mujer de mala fama; y hubiera así sucedido, en el caso de que el desposorio de María no hubiese sido verdadero y considerado como un desposorio propio. En primer lugar, si el desposorio de María no hubiese sido verdadero y propio, el hijo hubiera nacido con la mancha de una infamia legal, que hubiera degradado su persona y envilecido su ministerio; y en segundo lugar, si el desposorio de María no hubiese sido verdadero y propio, María, como criminal, hubiera sido condenada, en virtud de la ley, á morir apedreada. Por consiguiente, á fin de que Jesucristo no fuese despreciado como hombre de origen expúreo, ilegítimamente nacido al mundo, y María se viese libre de la pena, en que de otra suerte hubiera podido incurrir, así como convenía que el hombre Dios naciese en la tierra de una doncella vírgen, pero desposada con un hombre, era también conveniente que el desposorio de esta mujer fuese verdadero y propio.

Ya comprendéis perfectamente, hermanos míos, que podría extenderme mucho sobre el particular, recordándoos las demás razones de conveniencia, aducidas por los venerables Padres de la Iglesia; sin embargo, no quiero ocuparme de ellas, pues, creo haber dicho lo suficiente para que nadie dude de la verdad del desposorio. Pero, si

(1) MATH. XIII, 54, 55.

(2) LUC. III, 23.

(3) JOAN. VI, 42.

este desposorio fué verdadero, ¿cómo afirmar de María, que, dócil al soplo del Espíritu santificador, había ofrecido el acto de religion más agradable á Dios de cuantos se habían ofrecido hasta entónces? ¿Acaso María, no era por su virginidad más pura que las estrellas, más clara que la aurora, más bella que la luna, más luminosa que el sol, y más sublime que los Angeles? ¿No había Ella con nuevo y ántes nunca oído voto, cuando la esterilidad era mirada con desprecio, consagrado la flor virginal y tremolado el estandarte gloriosísimo de las vírgenes? ¿Cómo podré, pues, asegurar, que Ella es toda vírgen, vírgen en el cuerpo, vírgen en la mente, vírgen en el aspecto, vírgen en la conversacion, vírgen en los pensamientos, vírgen en los afectos, vírgen en las palabras y en las obras, en el espíritu y en el sentido? ¿Cómo podrá aclamarse primera en la virginidad, segun San Efrén (1); con San Epifanio, gloria de todas las vírgenes (2); con San Ildefonso, Cabeza de las vírgenes (3); con San Anselmo, Madre de la virginidad (4); con San Bernardo, Capitana de las vírgenes (5); y con San Buenaventura, Porta-estandarte de las vírgenes (6)? ¿Erró, pues, San Isidoro, cuando en el libro de los oficios eclesiásticos admiró en María el tesoro de la virginidad (7)? ¿Se equivocó el Damasceno, cuando al escribir del nacimiento de María, lo celebró como tesoro de la virginidad (8)? No; no se equivocaron estos Padres; las alabanzas y elogios que tributan á María son justos. Pues ¿cuál es el misterio que se encierra en el desposorio de que nos ocupamos?

Recordad, hermanos míos, que desde el principio he dicho, que debía considerarse en este desposorio algo de comun, y algo de extraordinario y singular. Así, pues, si el haber sido verdadero y propio desposorio lo hace comun á otro desposorio cualquiera, el haberse fundado luego sobre la virginidad lo hace singular y extraordinario entre los demás desposorios. Si en él se aproximaron dos almas excelsas, fué no por simpatía de inclinacion, sino por simpatía de virtud; si en él se aparejaron dos corazones afectuosísimos, no los aparejó la naturaleza, sino la gracia; si en él se verificó una íntima union entre dos personas, esta union no debé atribuirse á la pasion,

(1) S. EPHREN. ORAT. DE DEIP.

(2) S. EPIPHAN. HAER. 78.

(3) S. ILDEPHONS. SERM. DE ASS.

(4) S. ANSELM. DE EX. B. U.

(5) S. BERN. DE PASS. DOM.

(6) S. BONAV. IN LIT. VIRG.

(7) S. ISIDOR. DE OFFIC. ECCL.

(8) DAMAS. DE NAT. V.

sinó á la religion más bella y más perfecta. De esta suerte es como se celebraron los desposorios de María y de José. La más pura de las mujeres ligó la propia suerte con la suerte del más justo de entre los hombres; pero, con ardiente fé en aquel Dios que la llamaba de un estado á otro, con segura fé y noble confianza en el varon sábio y prudente que el Cielo le destinára, Ella se abandona en brazos de la Providencia; y así como obedeció cuando el Señor la llamó de la casa de sus padres al Templo, hizo lo propio cuando la llamó del Templo á la casa de un esposo. Cuando púdica, y modesta revela á José el voto que ha hecho, está cierta de que José no opondrá el menor obstáculo á su santo propósito. Y en efecto; cuando confía á aquel varon justo los vínculos que la unen al Señor, aquel justo la escucha con una sonrisa de celestial complacencia, los acepta con trasportes de santo gozo, y en el mismo instante ratifica por su parte los mismos lazos y hace el mismo voto.

Hé ahí, pues, lo que tiene de singular esta union y de extraordinario este desposorio. La virginidad está excluida de los demás matrimonios, miéntras que es solicitada en el de María y José; y en este desposorio la virginidad es formalmente solicitada, miéntras que en los otros es formalmente excluida. Suponed, amados hermanos, que María no hubiera sido firme y constante en el voto de su virginidad, entónces no hubiese sido la Madre del Hombre Dios, puesto que el Hombre-Dios debía nacer de una madre virgen. Suponed que José no hubiera abrazado el mismo vinculo, no hubiese pronunciado el mismo voto, no le hubiese agradado el mismo propósito, en tal caso, nunca hubiera sido el esposo de María, ya que María solo podía pertenecer á un esposo virgen. Ambos esposos estuvieron íntimamente unidos en el mismo amor por la pureza, en el mismo transporte por la continencia y en la misma profesion de la virginidad. Por eso el Evangelista, cuando habla de este matrimonio, emplea constantemente la voz de desposorio y no el de casamiento, queriendo indicar con esa palabra, que no tuvo parte en él ninguna idea de concupiscencia, ningun pensamiento carnal.

En vista de estas consideraciones, ¿cómo podría ménos de llamarse singular este desposorio? En los otros, la sangre se mezcla con la sangre, y de dos cuerpos se forma un solo cuerpo; al paso que en éste, las virtudes se mezclan con las virtudes, la gracia se une con la gracia, de manera, que de dos espíritus se forma un solo espíritu. En los otros desposorios, el corazon de los esposos, aún siendo piadosos, justos y santos, se divide siempre entre el amor al Criador y

el amor á la criatura; miéntras que en éste los corazones, más bien que hallar un obstáculo al amor hácia Dios, encuentran mayor incentivo para entregarse á Dios con toda la vehemencia y con todo el afecto de enamorados corazones. Y es precisamente estas diferencias, hermanos míos, que en su singularidad hace nobilísimos los desposorios entre José y María.

Y de todo lo expresado se deduce fácilmente, hermanos míos, porqué se figura siempre á San José como un varon muy entrado en años y anciano. Ciertamente que la Iglesia no rechaza tales imágenes; cierto que la devocion cristiana suele representar de esa suerte al santo Patriarca; pero esa representacion no es porque verdaderamente al verificarse el desposorio entre él y María fuese anciano. Si uno de los motivos, por los cuales se creyó conveniente el desposorio entre José y María fué, el que ésta tuviese un compañero que la asistiese en las largas peregrinaciones á que debía someterse, y con el trabajo de sus manos y el producto de su oficio procurase los alimentos á la santa familia, no se comprende como pudiese hacerlo un anciano decrepito, que no podía entregarse á tales penosísimos ejercicios. No; no era anciano José; y si le pintan en forma de anciano, es solo para indicar su prudencia, su sabiduría, la madurez de sus consejos, y la rigidez de sus costumbres; es solo para representarnos la imagen de un hombre, en quien estaba apagado todo incentivo sensual, todo asalto de seducción, todo fuego de concupiscencia; un hombre, que á pesar de su juventud, obraba como un viejo y muerto á la carne por milagro de gracia y de virtud.

Ahora ya habreis comprendido, amados hermanos, lo que hubo de singular en estos faustísimos desposorios. Fué un vinculo íntimo entre dos corazones; pero estrecho de suerte, que vivieron solamente en Dios, procuraron solamente la divina gloria, y dirigieron todos sus pensamientos, todos sus votos y todas sus obras al misterio altísimo de la Encarnacion del Verbo. Fué la union de dos almas llenas de fé en la palabra de Dios, llenas de confianza en las promesas divinas, llenas de celo por la gloria del Señor; y miéntras que en estas dos personas, por una parte, se notaba el mismo desprecio de las cosas terrenas, el mismo gusto por la soledad y el mismo amor por la virginidad; por otra, veíanse en estos desposados en el fuego de la celestial dileccion los mismos consejos, los mismos afectos, el mismo espíritu de oracion, el mismo deseo del Cielo, hasta los mismos actos y los mismos movimientos de la vida. Fué como un nuevo Edén, un paraíso terrenal, un Cielo terreno, donde dos séres corpóreos, más

sublimes que los ángeles, inmensamente alejados de los usos y de las inclinaciones del mundo, solo querían á Dios, solo buscaban á Dios, amaban solo á Dios, y en el mismo matrimonio solo hácia Dios se dirigian. Jamás la tierra ha visto en el curso de los siglos nada más grato, nada más hermoso, nada más sublime.

María, entre tanto, así como en su presentacion al Templo había consagrado la virginidad, desposándose con José consagra la familia. Correspondía á Ella dar saludables enseñanzas, preciosos ejemplos y santos consejos á todas las clases; á Ella correspondía iluminar é ilustrar á todos los estados. La que era la admiracion del Cielo, debía ser igualmente la maravilla de la tierra; la que servía de espectáculo de complacencia á los ángeles, debía ser tambien espectáculo de edificacion á los hombres. Y en verdad, no podía ofrecerse modelo más perfecto en el cumplimiento de los deberes inherentes al matrimonio. Así pues, sea Ella nuestra luz, nuestra guía y nuestra maestra. Siguiéndola no podremos errar; caminando en pús de Ella no podremos extraviarnos. Invoquemos su nombre en todas las necesidades, pongámonos en todas ocasiones bajo su patrocinio, imitemos sus ejemplos. ¡Cuánta será nuestra paz, cuánta nuestra felicidad si nos proponemos imitarla! Entónces los caractéres más opuestos se reconciliarán con mútuos sacrificios; entónces á los rencores y á las pretensiones sucederá una santa emulacion por lo que es bueno y virtuoso; entónces las perversas máximas del mundo no podrán introducir la discordia dentro del hogar doméstico; entónces estarán tranquilos nuestros corazones, pacíficas nuestras casas, prósperas nuestras familias; entónces... ¡Ah! vén, pues, ¡oh María! vén en medio de nosotros, vén á purificar nuestros afectos, á esclarecer nuestros pensamientos y hacernos gozar de aquella paz, que por tu mediacion se gozaba dentro de tu humilde morada en Nazareth. Dirigidos por Tí seremos salvos, y guiados por Tí seremos santos. Por tu intercesion recibiremos el bálsamo de la mansedumbre, la luz de la prudencia, el néctar de la concordia, el fuego de la caridad, y en el cumplimiento de nuestros deberes recogeremos abundantes frutos de vida eterna.

---

## DESPOSORIOS DE LA VIRGEN.

---

### DISCURSO II.

*Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ.*

Jacob engendró á José, esposo de María.

(MATTH. I, 6.)

María acababa de cumplir catorce años: sus padres, á quienes Dios había llamado al seno de Abrahán, la habían dejado huérfana; pero el Señor se encargó de velar por Ella. La Virgen se había entregado á Dios de un modo enteramente nuevo, y se había dedicado á su servicio con abnegacion absoluta. Los tutores elegidos por la autoridad, ó mejor, por el sacerdocio, y designados acaso por Joaquin, se habían encargado de la jóven huérfana, y por punto general se cree, que pertenecieron á la santa familia de Aaron de la cual descendía la Virgen. Por otra parte, los sacerdotes que servían en el Templo eran los tutores natos de las jóvenes huérfanas destinadas al servicio de Dios. Con este motivo se opina que este santo cargo se cometió á Zacarías, y así puede conjeturarse, atendida la santidad del padre del Precursor y el íntimo parentesco que le unía con María, la prisa que se dió por visitar á Elisabeth, y el largo tiempo que permaneció en casa de Zacarías: el techo hospitalario que por tanto tiempo prestó asilo á María, había de ser tan respetable y sagrado como el techo paternal, segun las costumbres estrictamente observadas entre los hebreos.

Pues bien; los hebreos tenían la costumbre, de que llegando las jóvenes á edad para casarse, les buscaban esposo; y, segun asegura el Apóstol, era una ignominia para las que pasaban de la edad no haber contraído matrimonio. Por otra parte, la ley prohibía á las jóvenes acogidas en el Templo permanecer en su asilo al llegar á la